

SAN AGUSTIN

Su vida y su labor

(Continuación)

Todo esto se halla en los autores paganos, mezclado con muchos errores y supersticiones. Toca al maestro cristiano discernir lo verdadero de lo falso, lo útil de lo dañino; y sin mezquinar a los discípulos lo bueno que abunda en los clásicos gentiles, evitarles lo perjudicial. Las fábulas paganas que se hallan en libros que de ellas tratan de intento, son peligrosas: esas mismas son muchísimo menos nocivas, en los libros poéticos donde sólo sirven como adornos. Entre los conocimientos de observación, el santo cree ocasionado a seducción el de la astronomía, mezclado en aquella época con prácticas astro-lógicas. La historia y la dialéctica pueden sin temor estudiarse en los autores gentiles y son ramos de grande utilidad para el aprendizaje de las Sagradas Escrituras y la defensa de la fe contra el error. Y para aclarar su pensamiento con una hermosa comparación, trae las líneas siguientes con que pondremos fin a esta parte de nuestro estudio:

«Así como los egipcios no sólo poseían ídolos y aquellas graves cargas que había de huir y detestar el pueblo de Israel, sino también eran dueños de vasos y adornos de oro y plata y vestidos que el pueblo de Dios tomó para sí, en virtud del préstamo que los egipcios ignorantemente le hicieron de lo que no sabían usar dignamente, y los hebreos recibieron por autoridad divina para emplearlo con mejor consejo; así la doctrina de los paganos no sólo tiene fingidas y supersticiosas invenciones y cargas inútiles de trabajo perdido, que los seguidores de Cristo salidos de la tierra de gentiles hemos de evitar; sino también encierra las disciplinas liberales más acomodadas

para encontrar la verdad; y aun se hallan allí utilísimos preceptos de moral, y algo sobre la obligación de honrar al único verdadero Dios. Son estas máximas como alhajas de oro y plata, no fabricadas por los idólatras sino extraídas por ellos del tesoro de verdad que la Providencia tiene disperso en todas partes. Y es justo que los cristianos se apoderen, para emplearlas santamente en la difusión del Evangelio, de aquellas riquezas de que abusan perversa y dañinamente los gentiles para dar culto a los demonios. ¿Qué otra cosa hicieron muchos de nuestros padres en la fe? ¿No vemos acaso cuánto oro y plata y cuántos recamados vestidos sacó de Egipto Cipriano, doctor suavísimo y bienaventurado mártir? ¿Cuánto no derivó Lactancio? ¿Cuánto no trajeron Victorino, Optato, Hilario y tantos doctores griegos; para no hablar de nuestros contemporáneos? Todos han seguido el ejemplo de Moisés, siervo fidelísimo de Dios, de quien está escrito que se instruyó en toda la sabiduría de los egipcios» (1).

Quiere san Agustín el estudio de las humanidades, no como objeto final, sino como medio de llegar más fácil y seguramente al conocimiento de Dios, de los hombres, de sus mutuas relaciones y de las que tienen con el universo creado. Aquí tocamos los lindes de la filosofía, llegado hemos al imperio donde nuestro santo doctor reina sin rival y brilla como el sol entre los demás astros. Lo que llevamos conocido no es sino el pórtico del suntuoso edificio. Demos un paso más y ante nosotros se espaciarán imprevistas y no igualadas maravillas.

Ante todo hemos de advertir que en Agustín hubo un continuado progreso en el estudio de la filosofía. El monje de Tagaste repudia algunas de las opiniones que profesó de catecúmeno en Italia; y el obispo de Hiponia mira como ignorancias de la juventud varias de las doctrinas que defendió de catecúmeno y de monje. El mismo nos

(1) *De Doctrina Christiana.*

recomienda que pongamos atención a la fecha en que compuso cada una de sus obras si queremos darnos cuenta exacta de su valor relativo (1). Por fin, en los últimos espacios de su vida, el santo dió a luz el libro de las *Retractaciones*, en que, con noble y conmovedora ingenuidad, nota cuantos defectos ha podido ir advirtiendo en cada uno de sus escritos.

Agustín, como la mayor parte de los santos Padres de los siglos IV y V, es en filosofía, discípulo de Platón. En medio de la oscuridad del paganismo, entre las tinieblas palpables que extendieron desde Grecia las escuelas sensualistas, apareció cuatro siglos antes de Jesucristo, el más ilustre de los discípulos de Sócrates. Platón viajó, antes de principiar sus enseñanzas, por las naciones más cultas de aquel entonces; recogió con admirable penetración y esmero los restos de las tradiciones primitivas esparcidas en todos los pueblos, y acaso conoció los sagrados libros de los hebreos. Volvió a su patria y principió su luminoso y fecundo magisterio. Enseñó la unidad de Dios y escribió sobre el Sér Supremo páginas que creería úno arrancadas a los Padres de la Iglesia; parece como si algo hubiera entrevisto de la existencia del Verbo Divino. Creyó en la espiritualidad e inmortalidad del alma humana; sacudió las alas del fango entre que vivían sus contemporáneos y voló a las alturas más encumbradas del idealismo. Enseña conversando y con el agrado de quien instruye sin parecer quererlo: su lenguaje y estilo serían el estilo y lenguaje de los dioses, si ellos escribieran, decía Cicerón. La antigüedad le dió el sobrenombre de *Divino*. Los errores mismos de Platón son hijos de su genio. Quiso desprenderse del lodo en que se arrastraba la piara de Epicuro, y concibió al alma humana como un

(1) *Inveniet fortasse quomodo scribendo profecerim quisquis opuscula mea, ordine quo scripta sunt, legerit.—Retractationes. In prologo.*

ángel encerrado en cárcel de barro, negando así la unidad del compuesto humano. Por horror a la monstruosa doctrina que confunde las ideas con las sensaciones, sostuvo que aquellas son innatas: vagos *recuerdos* de lo que el espíritu supo antes de unirse a la materia, en otra bienaventurada existencia. Por la misma aversión al materialismo supuso que el alma que piensa y la que siente no son una misma. En su anhelo por lo ideal, creyó en la transmigración de las almas. Las *ideas*, según él, existen en sí mismas, con realidad individual e independiente, y son, fuera de Dios, los únicos seres reales, *los dioses eternos*, como dice el *Timeo*. Y el hombre que así pensaba, cuyos yerros mismos provienen del anhelo por no caer, al escribir sobre moral sanciona abominaciones y horrores que ni nombrarse pueden. ¡Pobre razón humana cuando no está iluminada por la fe y dirigida por la gracia divina!

De la Academia misma salió el hombre que en el terreno espiritualista había de ser rival y competidor de Platón. Fue discípulo de éste por veinte años seguidos, y ni le aprendió el método, ni los principios, ni la doctrina ni el lenguaje. Salvas las grandes verdades fundamentales, Aristóteles siguió camino opuesto al de su maestro, a quien contradice resuelta aunque modestamente. «Por honrar la verdad, dice, un filósofo debe combatir, si es preciso, sus propias opiniones. Así, puestos entre la verdad y la amistad, entrambas tan queridas, es sagrado deber dar la preferencia a la verdad» (1). Aristóteles es menos sublime que Platón, pero mucho más sólido; agrada menos, pero convence más; no lo encumbra a uno tanto, pero no lo deja caer desde las alturas. Empezó por formular en su admirable *Organon* el método deductivo para la investigación y demostración de la verdad. «La lógica, dice Kant, posee el carácter de ciencia exacta hace mucho

(1) *Eth.* I. 3.

tiempo; no ha necesitado retroceder un paso de Aristóteles para acá. Y lo más admirable es que, según parece, quedó perfecta y acabada al mismo nacer» (1). El hombre, según el maestro, no es un espíritu atado como por fuerza al cuerpo de un bruto: alma y cuerpo distintos, de naturaleza diversa si se les considera aparte, forman al juntarse un solo sér, el hombre. Esta doctrina, aceptada después por los doctores católicos recibió la sanción suprema al ser definida como dogma de fe en el Concilio de Viena (2). Adoptando un camino intermedio entre el sensualismo brutal de Aristipo y Demócrito y el aéreo idealismo de Platón, el filósofo juzga que las ideas se adquieren por el intermedio de los sentidos, sin que se confundan con ellos. Son las sensaciones las precursoras de las ideas, el camino por donde éstas llegan a la mente; como es el anteojo el medio de que perciba el ojo los objetos distantes, sin que ojo e instrumento se identifiquen ni confundan. Todos los cuerpos se componen de dos elementos, el uno pasivo, común, indeterminado, origen de la extensión; el otro simple, propio, fuente de actividad. Todos los cuerpos, idénticos por la *materia*, se diferencian en la *forma sustancial*, que es una en el mineral, otra en la planta, diversa de estas en el bruto, diversa de todas en el hombre, en quien es imperecedera e inmortal. Esta doctrina, desacreditada de dos siglos acá, ha renacido con inusitado vigor en nuestros días: se ha encontrado cara a cara con todos los descubrimientos moder-

(1) *Crítica de la razón pura*. Kant se admira de que una ciencia, en dos mil años, no haya retrocedido. Ojo a esta frase los partidarios del progreso indefinido.

(2) He aquí las palabras del Concilio: «Definimos, para que todos conozcan la genuina verdad de la fe, y se cierre la entrada a todos los errores, que, cualquiera que en lo sucesivo presuma pertinazmente afirmar, defender o profesar que el alma racional o intelectual no es *per se* y esencialmente la forma del cuerpo humano, sea considerado como hereje». *Clemen. de S. S. Trinit. fid. cath. tit. 1.*

nos y en nada ha resultado opuesta a ellos. Aristóteles —parece mentira—creyó en la eternidad de la materia, y todavía están disputando los críticos sobre si admitía o rechazaba la Providencia de Dios sobre el mundo!

Vino Jesucristo a la tierra a dar testimonio de la verdad; confirmó todo lo cierto y bueno que habían enseñado los filósofos gentiles, y corrigió los innumerables errores por ellos profesados. Sabe más un niño cristiano instruido en los rudimentos de la fe, sobre lo único que importa conocer, que cuanto escribieron Platón y Aristóteles. Pero, fuera de lo que el cristianismo sancionó en la filosofía, y aparte de lo que reprobó en ella, en el campo que Dios dejó a las disputas de los hombres, los dos grandes filósofos griegos siguen siendo maestros y señores de las inteligencias. Todo filósofo espiritualista —de grado o por fuerza—es más o menos discípulo de la Academia o del Liceo.

La digresión que precede es indispensable para que los lectores menos versados en las filosóficas disciplinas se formen idea más clara sobre las doctrinas de san Agustín.

Por dicho está que el santo rechaza todo cuanto en los principios de Platón se opone a los dogmas de la fe. Y uno de los tratados que compuso es el libro *Contra Académicos*, en que refuta con su irresistible lógica las falsas opiniones de los platónicos gentiles. No se crea tampoco que al afiliarse al Obispo de la Hipona a determinada escuela, haya por eso de quitársele nada de su grandeza y originalidad, los talentos mediocres se cubren con las enseñanzas de sus maestros como con un vestido; las inteligencias superiores se asimilan las ajenas doctrinas, como transforma el hombre las viandas que se come en su propia substancia. El Amazonas lleva al mar el inmenso caudal de sus aguas; al principio lucha el río con el océano, y lo rechaza con rumoroso hervor; treinta leguas

adentro ya no hay pugna; las turbias linfas del Marañón son las mismas azuladas ondas del Atlántico.

¿Cuál es la causa primera de todos los seres? ¿Dónde se encuentran las fuentes supremas del conocimiento y de la verdad? ¿En qué consiste el soberano bien, fin último de la vida humana? He aquí las tres preguntas a cuya solución reduce san Agustín la filosofía. En otras palabras, esta ciencia debe enseñarnos el modo como los entes subsisten, la manera con que los hombres conocen y las reglas del buen vivir. Pertenecen estos tres problemas respectivamente a la teodicea, la antropología y la ética.

Dios «es la causa de toda subsistencia, la razón de todo conocimiento, la norma de toda vida buena» (1). A conocer a Dios debe anhelar principalmente la ciencia filosófica. Mas este conocimiento no es fácil de adquirir como conviene. «Dios mío, ¿qué ser es el tuyo? ¿qué es lo que tú eres sino mi Dios y Señor? Tú eres, Dios mío, un soberano Sér, altísimo, perfectísimo, poderosísimo, omnipotentísimo, misericordiosísimo y justísimo, ocultísimo y presentísimo, hermosísimo y fortísimo; tan estable como incomprendible; inmutable y que todo lo mudas; nunca nuevo y nunca viejo; renuevas todas las cosas y dejas envejecer a los soberbios sin que lo sepan; siempre estás en acción y siempre quieto; recogiendo y no necesitando; llevas, llenas, protejes todas las cosas, las creas, aumentas y perfeccionas todas. Buscas sin que nada te falte; tienes amor y no inquietud; tienes celos y estás seguro; te arrepientes y no tienes pesadumbre; te enojas y quedas tranquilo; mudas tus obras, sin mudar de parecer» (2).

Siendo Dios así, ¿Cómo logrará el hombre conocerlo? Hay un sistema filosófico, el ontologismo, que sostiene que el entendimiento humano percibe a Dios inmediata-

(1) *De Cirit. Dci. l. VIII.*

(2) *Confess, L. 1, c. IV.*

mente, y todos los demás seres en Dios. San Agustín es, y con razón, del parecer contrario. Comentando las palabras de san Pablo: *al presente no vemos a Dios sino como en un espejo y bajo imágenes oscuras*, (1) dice nuestro santo: «Si nos ocurre preguntar cómo y cuál es aquel espejo, al punto hemos de recordar que en el espejo no vemos sino las imágenes de las cosas; y debemos esforzarnos por ver en nosotros la imagen de aquél por quien fuimos creados» (2). De modo que la teodicea, primera de las disciplinas filosóficas en dignidad, no debe estudiarse sino en pos de la cosmología y la psicología. Antes es conocer al mundo y al hombre que a Dios, según lo de san Pablo: «Las perfecciones invisibles de Dios se han hecho visibles después de la creación del mundo por el conocimiento que de ellas nos dan sus criaturas» (3).

Mas para llegar a la ciencia del hombre y del mundo, se requiere el auxilio de la dialéctica y de los números. Aquí el santo sigue las ingeniosas y profundas doctrinas de Pitágoras, pero dándoles riquísima originalidad. ¿Qué es el número? Ya sabemos que la comparación de la cantidad con la unidad. Este es el número *sensible*. Mas hay también el *inteligible*, que resulta de las relaciones que las cosas inmateriales guardan entre sí. ¿Qué es la verdad sino la ecuación de los seres con las ideas, con los arquetipos inmutables del entendimiento divino? ¿Qué el bien sino la conformidad de los entes con los dictados de la ley eterna? Lo bello ¿no consiste en la variedad de la unidad? Y así como la hermosura terrena no es sino pálido reflejo de la belleza infinita e increada, así el número sensible es imagen apenas del número inteligible; y uno y otro llevan al alma a buscar a Dios, suprema unidad, de

(1) *1. Cor. XIII. 12.*

(2) *De Trinit. L. VIII. c. 3.*

(3) *Rom, I. 20.*

quien dimana por creación la multiplicidad de todos los entes que pueden conocerse.

En cuanto la dialéctica, la del santo es la misma de Aristóteles. Despojando los escritos apologéticos y polémicos de Agustín, de las galas y afeites que los adornan, queda el silogismo puro, el modo que más tarde consagraron los escolásticos. De las otras dos ramas de la lógica, el estudio de los criterios y del método vamos a decir una palabra.

Ha sido prurito de las escuelas filosóficas modernas reducir el número de los criterios y hasta no admitir sino uno sólo, estrechando así el círculo de los conocimientos que pueden adquirirse. Quién no admite sino la experiencia, quién solamente la revelación; éste no cree sino en lo que testifica la conciencia, aquél rechaza cuanto no comprende la razón. San Agustín admite dos fuentes supremas del conocimiento: la razón y la autoridad. La primera es mayor en orden de importancia; la segunda, en orden de tiempo. Primero cree el hombre apoyado en el ajeno decir; corrobora más tarde con racionios las verdades que aprendió de sus semejantes. «Me disgustan lo mismo los que no santifican la filosofía con la religión, que los que no ilustran la religión con la filosofía» (1). Así pensaba Agustín catecúmeno, conocedor profundo de las máximas filosóficas y apenas iniciado en las teológicas. Su anhelo entonces era demostrar el acuerdo de los dogmas con los principios de la humana sabiduría. Más tarde obispo y doctor insigne, comprendió que es a la pobre ciencia terrena, caduca y falible, a quien le toca conformarse con las verdades enseñadas por la palabra misma de Dios. (2) De aquellas dos supremas fuentes del conocer deriva los demás criterios; y admite todos los que más tarde habían de sancionar los escolásticos: los sen-

(1) *De Ordine*. III. 20.

(2) Cf. *Vallet*. *Histoire de la Philosophie*.

tidos, la conciencia, la inteligencia y el silogismo. A la conciencia es a quien le atribuye mayor fuerza, aunque no la hace, como después los discípulos de Descartes, origen de todos los demás criterios. El *yo pienso, luego existo*, que corre como invento cartesiano, se halla en estas palabras del tratado *De vera Religione*: «El que comprende que duda comprende una verdad, y está cierto de lo que comprende, luego está cierto de la verdad»; (1) y en la *Ciudad de Dios*: «Somos, conocemos que somos, imposible engañarnos sobre este particular, aunque nos engañáramos sobre todo lo demás».

El método agustiniano es lo que venimos desde un principio examinando. Después de pasar, mediante la dialéctica y los números, del estudio del mundo al del hombre, y de aquí al conocimiento de Dios, es preciso emprender la marcha descendente. Si a Dios no llegamos sino por medio de las creaturas, éstas no pueden comprenderse bien sino en sus relaciones con el Creador. San Agustín pasa pues, alternativamente de lo universal a lo particular y viceversa; su método es mezcla perfectísima de la síntesis y el análisis, de la inducción que agrupa, de la deducción que separa y divide. Con razón la escolástica, el tomismo sobre todo, reconoce como maestro al obispo de Hipona.

¿Qué opina san Agustín sobre el mundo? ¿Qué sobre la naturaleza de los cuerpos? Aquí el gran doctor es aristotélico puro. Pocas cosas escribió más profundas que las páginas en que, con ocasión de explicar la obra de los seis días, habla de la materia y de la forma: «¿No eres tú, Señor, quien me ha enseñado que ántes de que hubieras formado y diversificado la informe materia, ella no tenía ni color, ni figura, ni cuerpo, ni espíritu? Y, sin embargo, no era una pura nada. Era algo informe e indistinto... Si mi lengua y mi pluma hubieran de decir todo lo que

(1) He ahí un silogismo puro.

me has enseñado sobre este asunto, ¿cuál de mis lectores podría comprenderlo?» (1) «Una cosa es la materia del cielo, otra su forma; sacaste la materia de la nada, y la forma de la materia; pero las hiciste simultáneamente, de suerte que la forma siguió a la materia, sin ningún intervalo de tiempo. La materia precede a la forma de un modo puramente lógico, como el sonido precede al canto; puesto que el canto no es otra cosa que el sonido informado por las proporciones musicales» (2).

La antropología del santo tiene a un mismo tiempo de Platón y de Aristóteles. Rechaza la doctrina académica de la preexistencia de las almas; y no admite la dualidad de naturalezas en el hombre; pero no llega a afirmar que el alma sea la forma sustancial del cuerpo humano. No dice con Platón que haya en nosotros tres almas distintas: pero habla del alma y del espíritu, que, junto con el cuerpo, constituyen el hombre. Llama alma lo que sin ser materia, nos es común con los brutos, y espíritu lo que de ellos nos diferencia: la parte racional. No pretende—como fingió Descartes—que los animales sean puras máquinas: les atribuye verdadera facultad de sentir, pero no de entender.

El alma—y esta es bellísima doctrina—ni es cuerpo ni es Dios, sino como un medio entre ambos. El cuerpo muda con relación al tiempo y al lugar; el alma con relación al tiempo, pero no al lugar; Dios no muda en manera alguna. El hombre, intermediario entre el Creador y las creaturas irracionales, será bueno, perfecto, feliz, si tiende a Dios desprendiéndose de lo caduco y mudable; malo, imperfecto, infeliz, si busca los bienes de acá abajo. Hasta aquí la noble doctrina platónica. Pero no es cierto, como afirmaba el fundador de la Academia, que la unión del alma con el cuerpo sea castigo de las faltas que el es-

1) *Confess.* I. XII. cap. 3.

(2) *Ibid.* c. V.

píritu cometió en una existencia anterior; ni el cuerpo en sí mismo es malo sino bueno y hermoso. No está el alma sólo en el cerebro, como dice Platón, sino en todo el cuerpo, como piensa Aristóteles; aunque Agustín juzga que ejercita ciertas operaciones por medio de algunos órganos de preferencia a otros.

De la naturaleza del espíritu hay que pasar al de sus potencias, mucho más árduo y delicado. Principiemos por las facultades sensitivas. La sensación supone tres cosas: el objeto que la produce, los sentidos que la reciben, el alma que la recibe. Pero, ¿cómo el alma, sustancia puramente espiritual, puede ser impresionada por las cosas corporales? El santo admite que hay un sentido interno donde se representan fidelísimamente las imágenes de los objetos: «No podemos decir que el sentido produzca las cosas visibles; pero sí engendra una como forma o semejanza de lo que percibe el sentido. La razón enseña que no podríamos sentir si en el sentido no hubiese una representación del objeto que nos lo afecta» (1). Fuera de éste, que los escolásticos llaman *sentido común*, san Agustín admite en el hombre, como facultades sensitivas internas, la imaginación y la memoria. Oiga el lector al santo mismo filosofar admirablemente sobre esta última potencia:

«Continuando, pues, en servirme de las potencias de mi alma, como de una escala de muchas gradas, para subir por ellas hasta mi Creador, vengo a dar en el anchuroso campo y espaciosa jurisdicción de la memoria, donde se guarda el tesoro de innumerables imágenes de todos los objetos sensibles. Consérvese allí también todo cuanto pensamos para aumentar, disminuir y combinar lo que percibieron los sentidos; y todo cuanto le encomendamos y no ha borrado aún el olvido. Cuando necesito la me-

(1) *De Trinit.*, XI, 2.

moria, ruégole que me presente lo que he menester: en ocasiones se me muestra lo que pido; otras veces hay que buscar despacio los recuerdos, y sacarlos de pliegues más ocultos. Suelen presentarse de tropel, y las especies que menos se necesitan se ponen delante del alma como preguntándole: ¿No somos nosotros los que buskais? Procuero apartarlas de la vista, ¡hasta que descubro lo que solicito sacándolo de aquellos pliegues donde se había escondido» (1). «Pero, «qué diremos cuando es la memoria misma la que ha perdido alguna cosa, como cuando olvidamos algo y hacemos esfuerzo por recordarlo? ¿Dónde lo buscamos sino en la memoria misma? Y si se nos presenta una cosa por otra, la deseamos; y a lo que aparece lo que estábamos buscando, decimos *eso es*. Pero no lo diríamos si no lo conociéramos, ni lo conoceríamos si no lo recordáramos» (2).

San Agustín admite dos clases de imaginación: una sensible, que nos es común con los brutos, y otra intelectual, que viene a ser como el lazo de unión entre los sentidos y el entendimiento puro. Balmes—siguiendo a san Agustín—describe así las dos funciones de aquella imaginación intelectual: «1.^a Reproducir en lo interior (3) las sensaciones recibidas; 2.^a Combinarlas en varias maneras. Lo primero constituye la memoria imaginativa; lo segundo, la inventiva de la imaginación. La perfección de la memoria imaginativa consiste en que las sensaciones pasadas se nos representan pronta y fielmente. Aquí la belleza no entra para nada: la imaginación en este caso debe retratar, y la perfección del retratista está en copiar exactamente el original. La inventiva de la imaginación consiste en la facultad de combinar varias impresiones sensi-

(1) *Confess.* l. x. c. 8.

(2) *ibid.* c. 19.

(3) ¿Cuál de las facultades intelectivas, o sensitivas llamará *interior*?

bles, independientemente del modo con que las hemos recibido» (1). San Agustín admite todavía en la imaginación la facultad de producir imágenes mediante la consideración de ciertas verdades especulativas, y teniendo en cuenta la relación de los números; así imagina el hombre las melodías musicales. De aquí a la profunda y exquisita psicología tomista falta todavía algo; pero esta solución agustiniana es inmenso progreso con relación a las filosofías paganas, todas incompletas.

Después de todas las percepciones sensitivas e imaginativas viene la ciencia, término de los conocimientos humanos. Tiene a un mismo tiempo fundamento y fin en las ideas, objeto nobilísimo del humano entendimiento. ¿Pero qué llama nuestro santo doctor *ideas*? De diverso modo lo interpretan los encontrados sistemas que se empeñan en buscar arrimo a la sombra del grande obispo de Hipona. El lenguaje apasionado y lleno de figuras de que se sirve de ordinario no es lo más a propósito para dirimir una contienda de esta naturaleza. Pero, teniendo por cierto aquello en que los contrincantes convienen, puede sacarse en claro que el santo considera las ideas como eternas e inmutables pero no como entes aparte en sentido platónico estricto, sino como arquetipos de todas las cosas, presentes al divino entendimiento. «Las ideas no son Dios ni son la ciencia de Dios, porque si lo fueran, tendríamos al verlas la misma felicidad que al ver a Dios» (2). Y nosotros percibimos esas ideas, mediante cierta influencia de luz divina en nosotros. «Dios es inteligible, y las ideas lo son también; pero ¡qué diferencia! La tierra también es visible, y la luz es visible; pero la tierra no puede ser vista si no está bañada por la luz. Así las verdades científicas son inteligibles para el hombre, pero tan sólo lo son, porque están iluminadas por una luz distinta de

(1) *Lógica*, Cap. II.

(2) *Soliloq.* l. I. c. 5.

la que ellas mismas despiden» (1). De aquí han tomado pie los ontologistas para apellidar suyo al doctor de la gracia: atrás citamos pasajes que desmienten aquella pretensión.

Uno de los puntos que más hondamente separan a Platón y a Aristóteles es el origen de las ideas. Aquel las reputa innatas, éste las estima adquiridas. El sistema académico puro, fundado en la preexistencia de las almas, que más bien recuerdan que aprenden, no se compadece con la fe cristiana; pero entendido como que Dios al crear el alma le imprime ciertas ideas, que con el tiempo y la educación se despiertan y robustecen, no se opone a las enseñanzas de la Iglesia, y ha sido defendido por muy ilustres filósofos católicos. Nuestro santo también la profesó cuando mozo, aunque ya no la propugnó de obispo, e implícitamente lo retractó al fin de la vida. No podemos decir lo mismo de otra opinión suya, abiertamente errónea y en materia de suma importancia.

El nombrar un error en san Agustín nos impone una explicación preliminar. Los santos padres de la iglesia tienen en sus obras un doble carácter. Son testigos fieles de la tradición eclesiástica transmitida desde los apóstoles, y en tal caso la autoridad de los Padres es irrefragable; o son doctores particulares que tratan libremente puntos de aquellos que Dios ha dejado a las disputas de los hombres; y en tal caso están sujetos a yerros y a caídas. La Iglesia docente, columna y fundamento de la verdad, es quien juzga infaliblemente en qué casos determinado Padre asume aquellos dos diversos caracteres. La doctrina en que san Agustín cometió error, no estaba por aquel entonces definida, por no exigirlo así todavía el desarrollo del dogma católico, y el ilustre doctor, en calidad de filósofo y sin afirmar que tal fuera la enseñanza transmitida por la tradición, la estampó en una de sus cartas.

(Continuará)

R. M. CARRASQUILLA

(1) *Ibid.* l. VIII. c. 15.

REVISTA

DEL

Colegio Mayor de Nuestra Señora
del Rosario

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura

*Actos oficiales del Colegio—Filosofía—Ciencias—
Literatura, etc.*

Se publica un número de 64 páginas el día 1.º de cada mes, excepto enero y diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....	\$ 0.20
Suscripción por año (adelantada)....	2.00
Número atrasado.....	0.30

Avisos

1	Página inserción.....	\$ 6.00
$\frac{1}{2}$	» »	3.00
$\frac{1}{4}$	» »	1.50

Para todo lo relativo a la REVISTA, dirigirse al Administrador, apartado de correos número 72.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad, siempre que venga el valor del pedido.

Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico